

Palabras del Excmo. Señor D. Julio Iglesias de Ussel

«No puedo lamentar la pérdida
de un amor o de una amistad, sin
meditar que sólo se pierde lo que
realmente no se ha tenido».

JORGE LUIS BORGES
Nueva refutación del tiempo (1952)

Nada más apropiado para calificar la densa y generosa biografía de Francisco Murillo Ferrol que resaltar su condición profesoral. Es lo que fue con plenitud, con entrega ejemplar, con vocación plena y con magisterio continuo. Por tanto, con extraordinario provecho de sus alumnos. Todas sus facetas intelectuales —investigación, publicaciones, difusión de su obra, formación de discípulos, su presencia en organizaciones académicas o científicas o cualquier otra—, están mediatizadas o rodean su anclaje profesoral. Fue un maestro a lo largo de su dilatada y fecunda vida en la que siempre estuvo rodeado de la admiración, respeto y gratitud de sus innumerables discípulos, a quienes nunca dejó de iluminar con sus críticas y sagaces observaciones. En persona o en cartas, escritas a mano casi siempre, con una redonda y clara letra, expresaba su opinión de manera tan nítida como su letra. Nunca dulcificaba su juicio; las cosas había que transmitir las como las consideraba. Y esa autenticidad daba extremado valor a sus juicios. Nunca estaban envueltos en buenas palabras, ni palmadas en la espalda. La autenticidad y el rigor

en el fondo y en las formas, presidían siempre sus intercambios personales o científicos y la total credibilidad que despertaba en sus interlocutores.

Fue Profesor hasta el final de sus días. Enseñó hasta los últimos años de su vida en la Universidad Autónoma de Madrid, donde conservó su reunión semanal, antes del Doctorado, para intercambio de libros, acontecimientos intelectuales, proyectos y avatares con sus discípulos madrileños y los ocasionales en Madrid. Lector empedernido, huidizo —y denostador cuando procedía— de cualquier moda intelectual, tan efímera como cualquier otra, atendía con la profundidad y concentración propia de quienes han hecho del aprendizaje una pasión, un hábito y una necesidad existencial. Por eso era un interlocutor excepcional para cualquiera que quisiera entablar un debate, plantearle una tesis o clarificar cualquier teoría. Las reuniones para un proyecto o la supervisión de una tesis eran siempre enormemente formativas y provechosas para quienes, en ese tembloroso trámite, fraguamos nuestra formación recibiendo continuas iluminaciones sobre nuestro trabajo.

Su tono de voz cálida y suave, con deje andaluz pero no propiamente granadino, hacía aún más grata su conversación y su palabra. Reflexivo, receptivo, observador, analítico, respetuoso con todos y todo. Jamás levantó la voz, porque su contundencia se evidenciaba por la consistencia de sus argumentos e ideas envueltas siempre en ironía, en autocrítica y en una argumentación tan sólida en el fondo como brillante en su muy pulido castellano. Lector voraz y de cultura enciclopédica, supo transmitir —o mejor: contagiar— sus debilidades literarias fueran de la literatura clásica española o de sus descubrimientos entre los viajeros románticos por España, conocidos con justicia como «los curiosos impertinentes». Siempre renovado en sus lecturas literarias y científicas, seguía las novedades en las Revistas más acreditadas de Nueva York y de Londres. Pero no para lucir falsa erudición y vivir de las críticas obviando su lectura, sino para seleccionar con acierto los libros incesantemente renovados.

Sus itinerarios formativos, por la Filosofía del Derecho, la Teoría del Estado, la Sociología, hasta sus oposiciones a la cátedra de Derecho Político, dan prueba de la enorme amplitud de su preparación. Son lecturas bien asimiladas en cada campo, de saberes integrados, de una formación armónica. Basta con detenerse en la diversidad de los temas sobre los que ha escrito siempre con rigor, los autores que menciona, las cuestiones que abordan las tesis que dirigió. Tan sólo una persona que renunció a todo, salvo a su permanente formación, pudo alumbrar con tanto hondura en campos tan dispares. ¿Cuántos escritos sustantivos habían aparecido en España cuando escribe sobre don Diego de Gardoqui y la Constitución norteamer-

ricana en 1950, o sobre el poder económico en 1951, o sobre la sociología del saber sociológico en 1958, o sobre los derechos económicos y sociales en 1968, o sobre la II República en España en 1969 en su deslumbrante prólogo al libro de Manuel Ramírez, sobre Los Grupos de Presión en la II República? Y los ejemplos pudieran multiplicarse con facilidad espigando su bibliografía, a pesar que nunca se esforzó por conseguir prelaciones en ninguna esfera y tampoco en las publicaciones.

Pero abordar su biografía y figura intelectual, resulta hartamente difícil. La dificultad se incrementa por las circunstancias excepcionales de la figura humana y universitaria de Francisco Murillo Ferrol. Probablemente sea imposible examinar, con la precisión que merece, la obra del propio maestro. Ocurrirá, me temo, siempre en casos semejantes; ningún discípulo agradecido —como es, desde luego, mi caso— puede alcanzar los objetivos que pretende en la valoración de su maestro; se considerará siempre en deuda en el saldo.

Hay una razón si se quiere estructural —al margen naturalmente de las limitaciones personales de quien emprende la tarea— que producen esta insatisfactoria situación. La relación maestro-discípulo se asienta en una dimensión intelectual y vital de aprendizaje, de contenido científico. Pero sus componentes fundamentales no quedan restringidos a sus aspectos científicos. Lo esencial, el armazón donde descansa todo lo que se construye desde esa relación acaso sea, por su propia naturaleza, indescriptible. El verdadero cimiento de la relación, la auténtica relación maestro-discípulo es —por decirlo en términos contables— inmaterial o intangible. Ahí es donde se establece la hondura de la comunicación. Es la calidad de la relación la que crea el discipulado, no los conocimientos; estos son una condición necesaria pero no suficiente. Los conocimientos que se transmiten son, si se quiere, un instrumento para permitir profundizar una relación de confianza y plenitud intelectual, inimaginable con los solos recursos de la ciencia. Se trata de una relación interpersonal, cargada de autenticidad, donde se desarrolla una tarea formativa.

Es una relación indescriptible precisamente porque lo esencial no es lo que se dice, sino el carácter de la relación donde se dice. En las relaciones interpersonales son fundamentales las palabras ciertamente, pero su fuerza, su penetración puede vincularse incluso a los silencios, claro está cuando se reconoce la autenticidad del interlocutor. Por eso para fraguar una relación de magisterio se requiere no sólo conocimientos sustantivos a transmitir, sino una calidad humana que permita desarrollar una relación de confianza, apertura y autenticidad. No es el mensaje, sino la capacidad de crear una profunda confianza interpersonal, la que permite desarrollar la relación con el discípulo.

Sólo una personalidad cálida y con una profunda vida interna, puede desarrollar en el discípulo su actitud de apertura a los novedosos paisajes intelectuales a descubrir. Y en este fundamental aspecto Murillo era incomparable. Su tímida personalidad emitía autenticidad, riqueza interior, nobleza y generosidad. Su aparente frialdad —o quizá mejor, imperturbabilidad— era el recubrimiento de su timidez, lo que acrecentaba su atractivo personal y ofrecía una imagen de dulzura. Era un interlocutor privilegiado para cualquier persona deseosa de formarse científicamente.

Nunca se preocupó Murillo por su notoriedad exterior a la Universidad. Más bien la evitó cuidadosamente al igual que los cargos académicos, nunca aceptados pese a la unanimidad de las demandas. Evitó saltar a la gestión universitaria, para no postergar su compromiso intelectual y académico. Por la pureza de su entrega universitaria fue una persona con enorme peso en las Universidades a las que siempre se entregó. Su criterio y su opinión fueron permanentemente reclamados por quienes querían imprimir nuevos derroteros a la institución académica. Pero adviértase que su lejanía a la gestión académica nunca fue un escondite para una cauta oposición larvada, para socavar a quienes habían dado el paso de afrontar la tarea o para preparar una alternativa. Con lucidez, con generosidad y con lealtad aportó su leal colaboración —siempre discreta, en la crítica y en el elogio— a las mejoras que cada equipo pretendía impulsar. Aportaba ideas y proyectos, pero destinadas a la mejora de la institución, nunca al medro ni a la desestabilización.

Su vocación universitaria lo mantuvo alejado de cualquier escenario externo, pero nunca pasó desapercibida su figura ni su obra. Los elogios acogieron sus sucesivas aportaciones. Recordemos las apreciaciones de un destacado miembro de esta Real Academia, Gonzalo Fernández de la Mora quien recibió su decisiva obra para las ciencias sociales españolas *Estudios de Sociología Política* (1963), en términos muy favorables. En su sección del diario *ABC*, calificó a Murillo como «muy representativo de la nueva ola profesoral». En su obra «la claridad expositiva es admirable, y la honestidad intelectual acusada». «Los estudios de Murillo, nítidos, modestos, objetivos y desapasionados, son como una ráfaga de aire fresco», frente a la carga ideológica con que se había examinado la realidad política y social hasta entonces en España. No predica lo que debe hacerse, sino examina lo que ocurre; Murillo inserta sus investigaciones en «esta conversión de la política en una ciencia positiva y relativamente independiente de prejuicios y aun de juicios de valor».

Si lo personal y lo generacional conforman el escenario vital de cada uno, en Murillo fueron las vivencias —sobre todo de la dramática guerra civil que pasó en el frente de Granada—, libros y personas las que desarrollaron su singular

biografía. Pero de ellas es obligado referirse a tres figuras claves en la «Escuela de Granada».

ENRIQUE GÓMEZ ARBOLEYA (1910-1959)

En el pórtico de su obra *Estudios de Sociología Política*, Murillo escribió: «A la memoria de Enrique Gómez Arboleya, maestro y amigo». Era toda una ajustada pero honda declaración de principios sobre la intensa relación que mantuvo con Arboleya. En todo momento Murillo proclamó su veneración por su maestro y director de su tesis doctoral: «El pensamiento político de Francisco Suárez», defendida en la, entonces Universidad Central, en 1946. Murillo escribió en el Homenaje a Arboleya que: «Probablemente se trate de la persona que directamente más influyó en mi formación y en mi manera de ver las cosas *more academico*».

Arboleya fue una persona de una inteligencia tan grande como compleja personalidad. Nacido en Cebreros en 1910, pero Granadino por residencia, raíces y amistades casi toda su vida. Su padre Magistrado en la Audiencia, tuvo hermanos —alguno también trágicamente desaparecido en plena juventud— de los que se evoca aun su brillantez. Enrique Gómez Arboleya destacó primero sin embargo por los caminos de la literatura. Publicó, en los años veinte, narrativa en la revista *El Gallo*, dirigida por Federico García Lorca, quien lo presentó cuando contaba dieciocho años como una de las promesas literarias más importantes, y lo describió con «su sensibilidad tiene un temblor de infancia y nuevo día». Mantuvo una intensa relación con él, cortada por la decisión posterior de abandonar la literatura y dedicarse a la filosofía. Pero eso fue tan sólo el pórtico de las sucesivas rupturas que acaso le llevaron al suicidio, a los cuarenta y nueve años, cuando tanto tenía que proporcionar a la sociología española. Murillo lo calificó con acierto como «un granadino tardío de la brillante elite intelectual y artística de los años veinte y treinta, que había sufrido el golpe de la guerra civil».

Arboleya rompió primero con el mundo literario y cultural. Interrumpió su andadura de escritor, iniciada con brillantez casi en la adolescencia y en la que ejerció también como Secretario de Manuel de Falla. Reorientado hacia el pensamiento, obtuvo la cátedra de Filosofía del Derecho en Sevilla para pasar de inmediato a Granada. Aprende Griego clásico para poder leer los principales autores, como ejemplo de su integridad académica. Pero pronto quiebra esa trayectoria al descubrir la Sociología, y abandona Granada por Madrid en 1948. En sus estancias veraniegas en Londres y en su intensa dedicación en el Instituto de Estudios Políticos de Madrid, prepara las oposiciones a la cátedra de Sociología de Madrid que obtie-

ne en 1953 y la ejerce hasta que en el fatídico diciembre de 1959, toma la irremisible decisión en su casa de Madrid.

Sobre Arboleya escribió Murillo en su citado Discurso de Ingreso que: «pasó su corta existencia convirtiendo genialmente la teoría en vida y la vida en teoría. Nunca agradeceré bastante los pocos años en que pude asomarme a su mundo intelectual y personal».

LUIS SÁNCHEZ AGESTA (1914-1997)

Es otra persona a la que Murillo consideraba su maestro. Un granadino ejemplar que como premonición de lo que iba a ser su propio futuro, nació en la misma Plaza de la Universidad. Una Universidad de Granada a la que sirvió con acierto dentro y fuera de su cátedra de Derecho Político, y donde desempeñó entre otras responsabilidades de gestión el Rectorado de su Universidad.

Hijo de catedrático, Agesta ejerció durante veinte años en su Universidad de Granada, antes de trasladarse a Madrid, a la Complutense, y poner luego en marcha la Universidad Autónoma, entre otras muchas actividades. Al recibir el Doctorado Honoris causa en Granada, confesaba con cierta pena: «He pertenecido a una generación difícil, llena de tentaciones turbias, llamada un día a empresas que contenían espejismos gloriosos, censurada otras veces por su incapacidad para cambiar revolucionariamente el mundo en que vivimos. Desde la serenidad de los casi setenta años, cuando contemplo ese mundo y la vida de los que compartieron conmigo esa generación, creo que los que acertaron fueron, quienes al margen de tan varios acontecimientos, pusieron su vida al servicio de aquello para lo que tenían algunas aptitudes y resistieron, aunque no siempre con éxito, la tentación de las carreras fáciles en la vida turbulenta de la política o de los negocios, para seguir su vocación».

A lo largo de su vida Agesta fue un estudioso incesante, como lo acredita sus más de veinte libros publicados, además de promover y participar en un sin fin de actividades académicas y culturales. Su memoria esta presente en gran número de instituciones, empezando por esta Real Academia a la que se entregó con constancia y dedicación. En esta misma Academia Murillo expresó que: «Deseo proclamar aquí mi deuda con don Luis Sánchez Agesta por la inapreciable ayuda intelectual, moral y personal que recibí de él en todo momento».

Agesta en efecto fue crucial en su vida académica. Y no sólo por su presencia en el Tribunal de oposiciones donde Murillo obtuvo la cátedra. La cone-

xión entre ellos fue permanente a lo largo de su vida y su afecto manifiesto. Fue un maestro, un compañero y un referente de Francisco Murillo.

NICOLÁS RAMIRO RICO (1910-1977)

La tercera persona que debe destacarse por su influjo intelectual en Francisco Murillo fue otro granadino egregio: Nicolás Ramiro Rico. De él se ha escrito que tenía: «todas las cualidades requeridas para la elevación del oficio intelectual al más alto grado. Inteligencia penetrante, ironía lindante, pero nunca traspasadora del sarcasmo, formación depurada, consumado dominio de lenguas extranjeras —alemán, inglés, francés— cultura armónica y ancha, curiosidad infinita, puma ática, conversación amena, cáustica, chispeante».

Tuvo una relación entrañable con Murillo, personal, académica y vital. Por coincidencia generacional —aunque Ramiro Rico era ocho años mayor— o por sus experiencias comunes, tuvieron siempre gran amistad. Fueron compañeros de oposición a cátedras que sacaron simultáneamente. Y a Granada venía todos los años, donde los jóvenes postgraduados pasamos horas interminables —hasta bien entrada la madrugada— conviviendo con él, en Granada y en Almuñécar, y escuchando su palabra llena de deslumbrante inteligencia y cordialidad. Conversador incansable, disfrutaba con la polémica. Fue un granadino transterrado pero nostálgico siempre de sus raíces. En un momento de necesidad en la docencia en Zaragoza, acudió en petición de ayuda a Murillo y allí se trasladó Carlos Alba, uno de sus primeros discípulos en alcanzar el Doctorado en Granada.

La profunda admiración por Ramiro Rico la tenemos descrita en nítidos términos por el propio Murillo, en su discurso de Ingreso en esta Academia. Probablemente en el texto más cálido y elogioso publicado sobre cualquier otro colega, escribió que: «Nicolás Ramiro Rico, copositor conmigo y siempre maestro, vino a morir como Shakespeare y Cervantes un 22 de abril, ahora ha hecho veinte años —dice en 1997—. Después de mi padre, nunca he echado tanto de menos a una persona; para saber su opinión no sólo de Hobbes, Locke o Montesquieu, sino sobre los acontecimientos aun mínimos de cada día». Primero en sus veraniegas estancias anuales en Granada y luego en Madrid, esa amistad no se interrumpiría sino por el temprano fallecimiento de Ramiro Rico.

El influjo de estos tres maestros, sobre todo, y su esfuerzo continuado, pusieron a Murillo en condiciones de optar a una cátedra de Universidad. Pero antes pasó una rica experiencia en el Cesar Carlos, hábitat imprescindible —o si se quiere filtro informal— para poder lograr el objetivo.

Murillo ha descrito, con brillante ironía, su llegada y estancia al centro el 1 de enero de 1946, que le influyó profundamente como él mismo reconoce. Su testimonio contiene un cuadro muy elocuente sobre la cotidianeidad del grupo de profesionales que convivían preparando su acceso a los cuerpos más prestigiosos de la Administración española. Un contexto de escasez que no impidió desarrollar las mejores capacidades intelectuales. Los lazos personales forjados en aquella austera casa, los mantuvo Murillo durante toda su vida. Su experiencia vital en el César Carlos lo situó debidamente para alcanzar la cátedra.

Accedió a la cátedra en oposiciones celebradas en 1952. Formaban el Tribunal, Carlos Ruiz del Castillo como Presidente y vocales Luis Sánchez Agesta, Carlos Ollero, Javier Conde y como Secretario Enrique Tierno. Todos le dieron su voto y ocupó la segunda plaza, en la Universidad de Valencia. La primera la obtuvo Nicolás Ramiro Rico y accedió a Zaragoza. Su tercer ejercicio, la lección magistral, la dedicó a un sagaz estudio sobre «La Democracia» (que publicaría ese mismo año en la *Revista de Estudios Políticos*) y la de Ramiro Rico versó sobre «La Soberanía». Al primero le correspondió desarrollar la lección 72 del programa, y a Ramiro Rico su lección 45; toda una prueba de la relevancia y extensión de la formación requerida entonces para presentarse a las oposiciones a cátedra de Universidad.

La vida del Profesor Murillo como catedrático transcurre en tres Universidades. Obtiene la cátedra de la Universidad de Valencia donde enseña unos diez años (1952-1961); de ahí se traslada a la Universidad de Granada donde ejerce la docencia otros diez años (uno de ellos, 1962, tuvo una estancia en Columbia University en Nueva Cork), hasta su traslado en 1972 y hasta su jubilación en la Universidad Autónoma de Madrid (1972-1986) donde continuó luego como Profesor Emérito. Y resulta admirable destacar las continuidades intelectuales y académicas en cada uno de sus escenarios de su dedicación universitaria. Me detendré en su estancia en las dos primeras Universidades; su actividad en la Universidad Autónoma de Madrid tiene testigos más directos. Pienso, desde luego, en Miguel Beltrán, colaborador ejemplar de Murillo antes y después de su traslado a Madrid; algún día habrá de transmitirnos su imprescindible testimonio personal.

Catedrático en Valencia

En Valencia desempeñó la cátedra de Derecho Político de la Facultad de Derecho pero también enseñó, hasta su supresión, la asignatura de Sociología, existente en el Plan de Estudios de la época. Fue director de un Colegio Mayor de la

Universidad —el Luis Vives— entre 1952 y 1960, al que dotó de rigor, altura intelectual y excelencia universitaria. Contó allí con relaciones intelectuales relevantes como la de José Corts Grau, catedrático de Filosofía del Derecho, después de haberlo sido de la de Granada y a quien recordó en su Discurso de Ingreso en esta Academia «por la magnitud de su personalidad».

Y a Valencia se desplazó, para formarse con él, José Jiménez Blanco quien, tiempo después, iba a ser su primer discípulo en alcanzar la Cátedra Universitaria. Allí preparó su tesis doctoral con Murillo —en lo que ha sido tan frecuente en su magisterio— con un estudio innovador por su objeto y por el empleo de técnicas de investigación entonces desconocidas en España. Juntos realizaron un estudio sobre la conciencia de grupo de los universitarios —uno de los primeros estudios empíricos de la sociología española— y trabajaron intensamente en la docencia y en la formación estudiantil en el Colegio mayor. Allí recibió Murillo la admiración de varias generaciones de estudiantes y despertó vocaciones universitarias como la de Carlos Moya.

El propio Murillo ha evocado la Valencia en donde trabajó —«la del tranvía de Malvarrosa, digámoslo como reconocimiento al autor de tan evocador libro»—, en su escrito de homenaje en la jubilación de José Jiménez Blanco. Expresa en él sus viejos vínculos personales en las aulas granadinas y la ilusión generosa con que emprendieron la tarea de poner en marcha el nuevo Colegio Mayor: «Se diría que ya nos considerábamos responsables ante futuras generaciones de jóvenes alumnos que habían de pasar por el Colegio. De verdad nos veíamos poseedores de una honradez y un estilo de vida universitaria que teníamos la ocasión de exhibir. Y tratábamos de reflejarlo hasta en los modestos aspectos de la intendencia, hostelería y servidumbre. Algunos rasgos eran insólitos en el mundillo de los Colegios mayores del momento»

Granada y Andalucía

Granada fue, entre muchas cosas, su obligado retorno. El granadino es alguien que, ante todo, retorna para vivir su entre oculta nostalgia. Por decirlo con palabras de otro granadino ilustre, Francisco Ayala —de cuyo reencuentro con Murillo, después de dos décadas, en una comida con prolongada tertulia, fui privilegiado testigo—, escribió que: «Soy muy radicalmente granadino en la rara mezcla de despego y nostalgia que compone mi actitud hacia la ciudad». Lo mismo pudiera predicarse de Murillo. Contaba desde luego con una viva nostalgia alimentada, además, por las consideraciones históricas, económicas, sociales y políticas siempre

reflexionadas en esa larga década de ausencia. Andalucía y Granada no eran tan sólo el territorio de su memoria, sino el objetivo de su futuro.

Cuando Murillo regresa a Granada, a sus cuarenta y cinco años, se encuentra en plena madurez intelectual y vital. Pero su llegada coincide con unas condiciones muy favorables para su propio desarrollo intelectual. La Universidad de Granada había recuperado gran esplendor gracias a la coincidencia de investigadores y académicos excepcionales. Y, además, entre ellos se fraguan relaciones personales muy ricas al compartir el empeño de consolidar la calidad de la cuatro veces centenaria Universidad de Granada; en muchas actividades unieron sus esfuerzos e incluso realizaron trabajos en colaboración.

Es imposible dar un listado completo de las relevantes figuras que en Granada compartieron vida universitaria, afanes e intensas relaciones personales y académicas con Francisco Murillo. Entre todos mantuvieron «la atmósfera intelectual de aquella ciudad (Granada), que el tremendo tajo de la guerra no había conseguido eliminar» (Murillo, 2002, pág. 189). Algunos es de justicia mencionarlos, porque permite comprender la grandeza de aquella Universidad a la que con tanta entrega sirvieron y a la que, con su esfuerzo, impulsaron a las más altas metas. Me limitaré a citar a los de especialidades humanísticas. Por ejemplo, Manuel Alvar, autor del decisivo *Atlas Lingüístico de Andalucía*, y quien durante veinte años y hasta 1968 impartió docencia en la Facultad de Filosofía y Letras. O Joaquín Bosque Maurell, catedrático de Geografía en la misma Facultad, autor de una innovadora *Geografía Urbana de Granada*, y que trabajaría con Murillo en el Proyecto de la OCDE sobre Andalucía. Emilio Orozco, conocedor excepcional de la cultura literaria y artística del siglo de oro o del barroco o de la mística, cuyas clases eran seguidas por alumnos de todas las Facultades. José Cepeda Adam, catedrático de Historia Moderna y copartícipe de innumerables debates y Seminarios sobre el pasado político y social de España. José Manuel Pita Andrade, catedrático de Historia del Arte e impulsor del estudio sistemático del patrimonio cultural de nuestra Andalucía. O Antonio Gallego Morell, quien iba a destacar tanto por sus investigaciones literarias, como por la promoción de innumerables actividades de recuperación cultural, histórica y periodística en Andalucía pero, sobre todo, de Granada. En fin, una pléyade de intelectuales que dotaron de peso específico a la formación y a la Universidad de Granada.

Pero el entorno intelectual inmediato de Francisco Murillo fue, durante la crucial década de los sesenta, la Facultad de Derecho de Granada, que contaba con universitarios de excepcional valía. Por fortuna tenemos el testimonio escrito de uno de ellos —Miguel Motos, catedrático de Derecho Mercantil— sobre *La Facul-*

tad de Derecho de Granada: de ayer a hoy (1981), en la que retrata muy bien —y con gracia— el temple humano de los protagonistas, primero como alumnos y luego como Profesores, coetáneos de Murillo. En su desenvolvimiento cotidiano en la Facultad, coincidió con profesores e intelectuales de gran valía. Es necesario destacar por la intensidad de sus relaciones, por el peso intelectual y por su brillantez la travesía en común hecha con otro excepcional universitario, Juan Antonio Carrillo Salcedo —miembro de esta Real Academia—, con quien además coincidió luego también en la Universidad Autónoma de Madrid. Fueron los pilares de aquella excelente Facultad. La intensidad de sus relaciones permearon entre sus colaboradores en formación. Murillo y Carrillo pusieron en marcha un Seminario conjunto sobre «Sociología Política Internacional» —décadas antes de entrar en la agenda pública de nuestra Universidad la cuestión— que fraguó aún más el compañerismo y ayudó de manera decisiva a la madurez de quienes preparábamos nuestras primeras investigaciones. Y juntos, o cada uno en su cátedra, no cesaron de dar ejemplo de dedicación cotidiana a la Universidad, de impulso creativo a los alumnos, de fomento de la ciencia. Los alumnos que pasaron por sus aulas y dedicados luego a las más diversas actividades, recuerdan la impronta de aquellos maestros, no ya en sus conocimientos sino en sus vidas.

Junto a Carrillo Salcedo y a Miguel Motos, profesaban juristas de la categoría de Antonio Gullón, en Derecho Civil, Manuel Morón en Derecho Procesal, Salazar Abrisqueta en Derecho Canónico, Matías Cortes —recién obtenida la Cátedra de Derecho Financiero— y su sucesor, poco después, Javier Lasarte, lleno de inquietudes culturales, políticas y académicas que irradiaba desde el Colegio Mayor que inauguró y dirigió. Y dos personas difícilmente clasificables. Me refiero a dos granadinos. Uno, Manuel de la Higuera Rojas, catedrático de Derecho Romano y amigo juvenil de García Lorca. Lo cual quería decir transmisor de la memoria silenciada de la preguerra civil de Granada, a la que conocía con admirable precisión. Y el segundo, Antonio Mesa Moles, catedrático de Derecho Administrativo y durante muchos años perenne Decano de la Facultad, a la que siempre aglutinó. Miembro de una familia de catedráticos de Derecho, conocía todos los entresijos de la vida universitaria y de la ciudad de Granada. De trato afable y cordial, los dos mantuvieron el testigo del pasado histórico de la Facultad, a la que retorna Murillo como Catedrático en 1961. Todos ellos distinguieron a Murillo de tanto afecto como reconocimiento por sus excepcionales cualidades y le permitieron sentirse cómodo en su Facultad.

La otra cara de la vida académica de Murillo en Granada fue su propia cátedra en la Facultad de Derecho; el Seminario como siempre le llamamos. Con las dificultades inherentes de la situación, fue capaz de organizar un Departamen-

to con medios muy decentes para la época. No siempre es cierto que quienes destacan por las ideas, fracasan en las tareas de gestión. Murillo fue un buen ejemplo. Alcanzó hasta lograr espacios para despachos, algo sin precedentes en la época, y sala de Seminarios o reuniones.

Murillo se esfuerza —y consigue obtener— su primer instrumento académico: una buena biblioteca. Logra que se realicen suscripciones a decenas de las mejores revistas del mundo de Sociología, Ciencia Política y Derecho Constitucional. Y miles de libros —sobre todo anglosajones, muy cuidadosamente seleccionados— vienen a añadirse a los excelentes fondos clásicos ya disponibles, gracias a los esfuerzos de sus antecesores en la Cátedra y, de manera especial, por Sánchez Agesta. En pocos años, consigue montar la mejor Biblioteca de Ciencias Sociales de Andalucía —como siempre, silenciosamente— y comienza a poblarse de ávidos usuarios. En ella yo mismo atendí en más de una ocasión a un excepcional investigador, Antonio Domínguez Ortiz.

Pronto comenzó a llenarse de intensa vida el naciente Departamento. Por un lado, por viajeros ocasionales —académicos o no— llegados para mantener contactos con Murillo o Carrillo. Aprovechaban estas presencias para organizar —o, dado el caso, improvisar— sesiones de Seminario con los visitantes, envidiable oportunidad para los jóvenes doctorados y alumnos integrados ya en las tareas del Departamento, para escuchar, debatir y conocer a personajes siempre relevantes y que nos permitían ensanchar nuestros horizontes con las aportaciones más diversas. Una dinámica que dotó de envidiable densidad intelectual y política a la Facultad y a nuestra propia formación.

Junto a estas aportaciones intermitentes aunque habituales, el Departamento comienza a poblarse de jóvenes estudiantes o Licenciados, algunos procedentes de otras Universidades, deseosos de estar cerca de Murillo y realizar sus tesis doctorales. Existe una fotografía muy simbólica en la Escuela que recoge a los asistentes a la comida de despedida que dimos a Murillo con motivo de su traslado a Madrid en 1972. Junto a Cazorla y Ramírez aparece la primera generación de discípulos granadinos. Se trata de: Jorge Riezu, Carlos Alba, José Luis García de la Serrana —lamentablemente fallecido dos días después de Don Francisco—, José Ramón Montero o José Antonio Portero, todos harían Derecho Político y pasaron luego en su mayoría al área de Ciencia Política, Enrique Luque que hizo Antropología o yo mismo que me decanté por la Sociología. En la fotografía no aparecen Ramón Palmer ni Juan José Ruiz Rico, entonces en una Universidad inglesa y que iba a fallecer muy prematuramente. Tampoco se encuentran quienes siendo discípulos de Murillo no habían compartido la experiencia del Seminario, como José Jiménez

Blanco y Miguel Beltrán, Catedrático el primero y Profesor Adjunto el segundo, ambos de Sociología en la recién creada Universidad Autónoma de Madrid. Pero el número de citables podría multiplicarse si se añaden un buen número de estudiantes quienes realizaban su carrera en contacto más directo que con Murillo, con algunos de los Profesores Seniors —Cazorla o Manuel Ramírez, quien además mantenía un foco propio en el Colegio Mayor en cuya dirección estaba—, y que posteriormente decidieron seguir vida universitaria.

El desarrollo formativo de estos postgraduados, al tiempo que la evolución de la carrera universitaria de José Cazorla y Manuel Ramírez, dotaron al departamento de una densidad y de una diversidad intelectual envidiable, que Murillo se encargó de favorecer que fuera en todo momento una riqueza transversal. Se trataba que cada uno aportara y se enriqueciera con las aportaciones de todo el grupo. Los proyectos, los borradores, los esquemas de tesis o los escritos, pasaban por el temible tamiz crítico del análisis por el grupo. Seminarios para alumnos y postgraduados, Cursos de doctorado, tesis, investigaciones y estancias de formación en el extranjero eran impulsadas y seguidas con detalle por Murillo. El ritmo de trabajo era incesante. Evocaré una única anécdota. La Facultad estaba en el mismo edificio que la sede central de la Universidad y, en un momento determinado, el Rector dio órdenes de cerrar el acceso al edificio los domingos. La medida indignó a un buen grupo de PNN. No pudo imaginar el Rector que una Comisión de postgraduados acudiría a su despacho para remover tan lesiva decisión que impedía trabajar los domingos. Ha de decirse que el Rector accedió de buen grado, y nos facilitó una llave. Hoy, desde luego, no me atrevería a contarlo fuera de aquí, o sin protección. Pero la anécdota describe mejor que cualquier página, el ilusioante ambiente de trabajo y vocación universitaria que estos maestros contagiaron con su ejemplaridad.

Murillo nunca estuvo solo en el Departamento. El cariño, la admiración y el afecto, le rodeó permanentemente por parte de todos sus colaboradores. No lo suscitaba nuestra generosidad, ni siquiera nuestra gratitud; era su excepcional calidad humana la que generaba su reconocimiento. Su cercanía era continua, siempre —y siempre significa siempre— lo teníamos accesible, convivimos con él muchas horas al día, todos los del año, salvo las cortas pausas vacacionales. Igualmente le expresamos siempre nuestro espontáneo respeto con el «Don Francisco», que no distanciaba sino que expresaba con naturalidad nuestro agradecimiento por su generosidad personal y científica.

Una experiencia en que Francisco Murillo tuvo la permanente colaboración de los dos profesores Seniors. En todo momento encontró el total apoyo de

José Cazorla y Manuel Ramírez que se encontraban en una fase madura de su carrera universitaria, pues Juan del Pino se había trasladado ya a Málaga antes del acceso del primer grupo de jóvenes estudiantes al Seminario. Dentro y fuera del Departamento tuvieron los dos un papel básico y su desempeño como profesores contribuyó decisivamente al prestigio, seriedad y rigor alcanzado por el Departamento de Murillo. Tanto en relación con los alumnos, como por su papel con los doctorados, sirvieron de permanente refuerzo de Francisco Murillo. Sin su leal ayuda ni Murillo hubiera podido hacer tanto, ni tantos alumnos y doctorados hubieran logrado avanzar en sus objetivos académicos.

No se ha hecho la memoria de aquellos intensos años en que Murillo implantó en aquella Facultad lo que fue su primer Departamento universitario moderno. Pero si se hace tendrán que aparecer con el papel estelar que en justicia le corresponde. Se han escrito ya algunas aportaciones del puzzle, con enfoques muy distintos por parte de José Cazorla, de Manuel Ramírez o de Jorge Riezu. Pero la vida universitaria de aquellos años en Granada y la vocación de todos quienes los vivimos fue marcada para siempre por aquella experiencia tan intensa de vida universitaria promovida por Murillo.

Granada, tantas veces tachada de ingrata, no lo fue en absoluto con Murillo. Sus cualidades personales tumbaron hasta los tópicos. Permanentemente recibió la admiración, la gratitud y el reconocimiento de sus gentes —dentro y fuera de la Universidad—. La ciudad, y no sólo la Universidad, lamentó su traslado a Madrid. Su Universidad le concedió el Doctorado Honoris causa, pero siempre su afecto y admiración. Cuando logré que tuviera la calidad debida, en un plano muy modesto, me cabe el honor de haber promovido como Decano denominar «Biblioteca Francisco Murillo Ferrol» a la Biblioteca de libre acceso de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, cuya inauguración fue presidida por don Francisco. Pero sobre todo, su memoria permanece muy viva en multitud de centros universitarios —de Granada y de toda España— donde tantos de sus actuales profesores y discípulos pudieron beneficiarse, de primera mano, de las cualidades ejemplares del maestro Murillo. A mí me conmueve hablar de él, presente a título propio ya en las páginas más brillantes de nuestras ciencias sociales, con tanta gratitud como respeto a la grandeza de su memoria.